

Capítulo I. En el que el príncipe parte en busca de aventuras

De poco os serviría buscar en el mapa de Europa el antiguo Estado de Grunewald, un principado independiente, un minúsculo miembro del Imperio alemán que durante varios siglos desempeñó un papel importante en los conflictos europeos que, con el pasar del tiempo y por obra y gracia de ciertos diplomáticos, acabó desapareciendo como desaparece un fantasma cuando sale el sol. Menos afortunado que Polonia, no legó ningún sentimiento patriótico e incluso los límites de sus fronteras se han borrado de la mente de sus habitantes.

Era un pequeño territorio montañoso cubierto de espesos bosques. En sus valles nacían innumerables riachuelos que impulsaban sus molinos. Comprendía una ciudad, Mittwalden, y muchas aldeas formadas por casitas de madera cuyos tejados parecían unirse a lo largo de la áspera pendiente, y que se comunicaban unas con otras mediante pequeños puentes cubiertos que cruzaban los torrentes. El ruido de los molinos, el murmullo del agua, el olor fresco de la madera de pino, el susurro y el perfume de la agradable brisa entre el ejército de pinos que poblaba las montañas, los disparos aislados de los cazadores, los golpes secos del hacha, un sinfín

de caminos imposibles, el olor a trucha fresca en algún cuarto de posada limpio y desnudo, y el canto de los pájaros y el repicar de las campanas, ésa era la impresión que, de Grunewald, se llevaba el viajero.

Al norte y al este, las estribaciones de Grunewald parecían hundirse en diversos perfiles en una vasta llanura. Por esa zona, un gran número de pequeños Estados hacía frontera con el principado, entre ellos Gerolstein, un importante ducado que ya había desaparecido.

Al sur se encontraba el relativamente poderoso reino de Maritime Bohemia, famoso por sus flores y por los osos que pueblan sus montañas, y por estar habitado por gente de una simplicidad singular y una gran ternura de corazón. Los frecuentes matrimonios habían unido a muchas familias de Grunewald y de Maritime Bohemia y, de hecho, el último príncipe de Grunewald, cuya historia me he propuesto relatar, tuvo descendencia con Perdita, la única hija del rey Florizel I de Bohemia. Incluso dentro de las fronteras del principado, la gente solía decir que, como consecuencia de todas esas alianzas, se había perdido el carácter rudo y viril de los primeros grunewaldos. El carbonero, el aserrador y el que empuñaba el hacha entre los pinos, que solían congregarse en Grunewald, orgullosos de sus fuertes manos, de su astuta ignorancia y de sus tradiciones casi salvajes, no ocultaban su desprecio por la blandura de carácter y las maneras de la clase noble.

Dejaré a las conjeturas del lector el año de gracia exacto en el que empieza esta historia. Sin embargo, por

lo que a la estación del año se refiere (que, en una historia de este calibre, es el dato más importante), puedo decir que la primavera estaba tan avanzada que la gente de las montañas, al oír el eco de los cuernos que provenía del extremo noroeste del principado, sabía que era la última vez, antes de la llegada del otoño, en que el Príncipe Otto iba de un lado a otro con su partida de caza.

En ese punto, los extremos de Grunewald descendían abruptamente, por un lado y por el otro, formando grandes peñascos, y ese terreno desértico y virgen contrastaba con la llanura que, más abajo, emanaba vida. En aquellos días, sólo dos caminos cruzaban el llano: por un lado, el camino real, que unía Brandenau con Gerolstein y descendía por una pendiente oblicuamente y por otras no tan exacerbadas; el otro pasaba por delante de las montañas como una cinta y se hundía en salvajes desfiladeros, salpicado por el agua de pequeñas cascadas. Pasaba también junto a una especie de torre o castillo, que se alzaba a pico en los márgenes de un gran acantilado, y desde allí podían divisarse las fronteras de Grunewald y los ricos llanos de Gerolstein. Felsenburg (que es como se llamaba la torre) servía unas veces de prisión y otras veces de lugar de reunión para los cazadores. Aunque a simple vista parecía solitaria y abandonada, con ayuda de unos buenos anteojos los burgueses de Brandenau podían incluso contar las ventanas de la torre desde la terraza rodeada de tilos por donde solían pasearse por las noches.

En la parte de la ladera del bosque que quedaba en-

tre esos dos caminos, el sonido de los cuernos creó todo el día un gran tumulto y, cuando el sol empezó a acariciar el horizonte del llano, un caluroso clamor triunfal anunció la muerte de la presa. Los dos primeros cazadores se habían apartado del resto del grupo y, desde lo alto de un montículo, miraban la ladera de la montaña y el gran llano que se extendía justo delante de ellos. Con una mano se cubrían los ojos para protegerse del sol que les daba de frente. La gloria del crepúsculo parecía un tanto débil. A través de la tracería confusa de millares de álamos desnudos, del humo de las casas y de los vapores crepusculares que subían del llano, las aspas de un pequeño molino de viento se movían con especial nitidez, como las orejas de un asno. Y no muy lejos, como una herida abierta, la gran ruta imperial, cual arteria de viaje, se dirigía en línea recta en dirección al sol.

Existe un himno espiritual de la naturaleza al que ningún hombre ha sido capaz de poner letra ni música y al que podríamos llamar «la invitación a la ruta», una melodía que suena continuamente en los oídos de los gitanos, y bajo cuya inspiración nuestros antepasados nómadas viajaban a lo largo de toda su vida. La hora, la estación del año y la escena parecían guardar una delicada armonía. El cielo estaba poblado de aves migratorias que se asemejaban, a los ojos del hombre, a un ejército de puntos negros, y que se dirigían hacia el oeste y el norte de Grunewald. Y por debajo, la gran ruta parecía dirigirse en esa misma dirección.

Sin embargo, para los dos cazadores, que seguían

de pie sobre el montículo, aquel canto espiritual pasaba inadvertido. De hecho, estaban absortos, revisando hasta el último pliegue del bosque que tenían ante ellos, y los gestos de impaciencia de sus rostros revelaban enfado y, al mismo tiempo, consternación.

—No lo veo, Kuno —dijo el primer cazador—. Nada. ¡No hay rastro de él ni de su caballo! No, señor, no está. Echa la manta y a correr. ¡Es que, por dos peniques, echaría a los perros tras él!

—Quizá ya se haya ido a casa —contestó Kuno, aunque no muy convencido.

—¿A casa? —dijo el otro con cierto tono de desdén—. Te digo que no llega al palacio al menos en doce días. Otra vez la misma historia, como hace tres años, antes de que se casara. ¡Qué vergüenza! ¡Príncipe heredero, príncipe loco! Ahí va nuestro gobierno, a punto de caer de los lomos de su yegua. ¿Qué es eso? No, nada. ¡Te juro que me fío más de un caballo castrado o de un perro inglés que de tu principito!

—Él no es nada mío —rechistó el otro.

—¡Pues entonces no sé de quién es! —contestó.

—Seguro que mañana mismo pondrías la mano en el fuego por él —dijo Kuno, volviéndose.

—¿Yo? —exclamó el cazador—. ¡No sabes lo que dices! Soy grunewaldo, patriota, estoy alistado e incluso tengo una medalla. ¿Y yo voy a ayudar a un príncipe? ¡Yo defiando la libertad y a Gondremark!

—Bueno, como quieras —dijo Kuno—. Si alguien osara decir eso, lo rajarías, tú lo sabes.

—¡Y tú no piensas más que en él! —respondió su compañero—. ¡Míralo, ahí lo tienes!

En efecto, a una milla aproximadamente, más abajo, en la ladera de la montaña, un jinete en un caballo blanco corría a través de un brezo abierto y volvía a desaparecer por entre los árboles un poco más allá.

—En menos de diez minutos habrá llegado a la frontera de Gerolstein —dijo Kuno—. No hay nada que hacer.

—¡Si daña a esa yegua, nunca se lo perdonaré! —añadió el otro, mientras tomaba sus riendas.

Y mientras descendían del montículo para reunirse con sus compañeros, el sol se hundió y desapareció en el horizonte, y el bosque se cubrió al instante de la gravedad gris de la temprana noche.